



Contrastes en Tánger: Europa, América y África.



Uno de los mayores alicientes de Tánger es la indefinición de cosas, principios y personas. Pero se da crédito, sin interés, o al menos se finge darlo, a lo que las cosas, principios y personas aparentan ser. Un aventurero puede fingirse marqués y todos le daremos ese título, mientras no nos cueste dinero. Y un multimillonario podrá solazarse en la playa, o pasear con el cesto de la compra por el Zoco Grande, sin que demos muestras de conocer su elevada posición económico o social. El «quién es quién» no nos importa demasiado.

Por eso, al saber que se ha llevado a la Asamblea un proyecto de Ley para reglamentar los certificados de origen, nos sentimos un poco escépticos respecto a sus resultados. Nos consta que hasta un sabio extranjero que intentó investigar el origen de las Grutas de Hércules, tuvo que renunciar a ello, sin sacar nada en limpio. Sólo descubrió, al fin, una lápida que esculpieran quizá viejos piratas, en la que podía leerse esta inscripción:

«Respetar las costumbres que aquí rigen y de nada investigues el origen.»

Nuestra experiencia personal es menos científica, pero igualmente convincente.

Conocemos cortes de trajes «Made in England», que en secreto nos han dicho:

—Soc catalá, ¿sab?, però miri ¡si el public vol pagar el doble...!

En cuanto a las personas, aún es más difícil conocer su origen verdadero.

Un día nos hallábamos reunidos cuatro amigos en la terraza de un café.

Al pasar un conocido nuestro, alguien le saludó:

—¡Good bye, mister Pérez!

Y uno de nuestros amigos comentó con cierta envidia:

—Se ha nacionalizado americano y las entidades mercantiles se lo disputan para socio de paja. ¡Qué suerte!

TANGER

sede internacional de la vida cómoda

POR FERNANDO SEBASTIAN DE ERICE



—Sí— asentimos nosotros—es de las cosas más útiles que se puedan ser. Tanto es así, que creo que no habría nunca guerra en ciertos pueblos si Norteamérica, a modo de arma atómica, se prestase a bombardearlos con pasaportes americanos...

—Pero, en cambio—nos permitimos observar—, si mister Pérez quiere ir a los toros de Algeciras no tendrá ahora más remedio que cambiar seis dólares a 16,40...

—No—contestó uno de mis contertulios, un muchacho moreno y bajito con acento de Estepona—, no cambia un centavo porque tiene un certificado con el que demuestra que un tío suyo, que vive en Cuenca, le paga hasta el limpiabotas.

—¿Qué cosa más hermosa es la familia!—comentamos candorosamente.

—¡Nada de eso! Es que su tío cobra aquí el dinero que presta a mister Pérez, porque quiere comprarse un cochecito mediante otra declaración jurada que acreditará que se lo ha regalado un primo segundo que tiene en Tegucigalpa.

—Te estás metiendo en Honduras—dijo Gómez, otro de mis compañeros de café—... ¿Y tú, cómo te las arreglas cuando cruzas el Estrecho? Porque aquí, el amigo, es holandés—añadió, disparándole a quemarropa el dedo índice.

—¿Holandés? ¿Cómo es posible?—dije yo—. ¡Si lo conozco hace varios años y lo tenía por tangerino! A ver, dígame: ¿sabe usted pronunciar este nombre?

Y escribí sobre el velador el apellido de un alto funcionario de la Administración tangerina.

—Si lo pronuncia bien, creeré que es usted realmente un holandés.

Ante esta pícarra treta, nuestro amigo se sonrojó un poco. Y confesó:

—Es cierto que soy holandés; pero no hablo el idioma. Me he pasado quince días en un cursillo de pronunciación holandesa, organizado para aprender a decir de un tirón ese ilustre nombre; pero ha sido inútil, no sabré nunca pronunciarlo como es debido.

—Sin embargo—agregó, dirigiéndose al que descubriera su nacionalidad—confiesa que a ti te ocurre lo mismo con la lengua de Camoens; porque tú eres portugués y no sabes ni decir: «muito obrigado»...

—¡Zeñore!—prorrumpió entonces nuestro tercer amigo, el simpático Martínez—. Antes de que usted se metat conmigo, yo voy a decir mi verdad; que yo tampoco le doy bien al inglés...

—¿Pero es usted súbdito británico?—preguntamos con asombro.

—¡Dígo! ¡Ma inglés que Chúrchí. De Gibraltar, na má. ¡A ver si no!

Y exhibió su certificado de nacionalidad para que no hubiera ninguna duda sobre ello.

Entonces me puse en pie de un modo automático.

—Pero hombre, ¿dónde vas? ¡Tómame un café!

—No. Me voy ahora mismo a mi casa. Quiero ver inmediatamente mi pasaporte.

—Pero, ¿por qué, hombre, por qué?

—Porque me ha entrado de pronto la duda de si no seré yo, también, a lo mejor, checoslovaco; porque es que

—lo reconozco ante vosotros—yo tampoco sé una palabra de checoslovaco... Y por si acaso... ¿eh?

*

Tome usted un taco de almanaque madrileño. Suprima de él los meses de enero, febrero y agosto. Baraje el resto. Corte. Y vaya saltando días sobre Tánger tal como quieran ir saliendo, al buen tun-tun... Ese es nuestro clima.

Ahora supongamos que cae usted en paracaídas, desprendido de un avión estratosférico y supersónico (neologismo que en honor a usted diremos que deriva de *super-persona*) y admitamos la hipótesis de que ha olvidado la fecha en que vive. Pues bien, nos jugamos su cabeza a que no acierta a adivinar siquiera la estación del año.

Es que aquí se empujan los días sin excesiva lógica. A uno de diciembre sucede otro de julio cuando en realidad estamos en febrero. Y por eso, quizá tienen razón los moros en llevar chillaba en todo tiempo, mientras que nosotros, pobres europeos ignorantes, tan pronto nos envolvemos en ropaje de invierno como en telas de verano, según nos despista el sol, y así atrapamos unos resfriados que son luego la delicia de los médicos. (La penicilina no se aplica en estos casos porque alguna enfermedad hay que dejarles también, caramba.)

Para aumentar el desconcierto, festejamos tres entradas de año (cristiana, musulmana y hebrea), y numerosas Pascuas, para desesperación de pavos, gallinas y corderos, que desde hace siglos siguen sin comprender el por qué de esas degollinas...

Con las horas sucede algo parecido. Mientras no pongan contador al sol y sufra entonces apagones como una fábrica de luz cualquiera, la diafinidad del día viene a ser la misma a cualquier hora. Las diez de la mañana son como las cinco de la tarde, o la una oficial del mediodía. Pero ni en el llamado verano se nota, por ejemplo, a la hora de la siesta, ese peso del sol, que en otros climas, pone cálidos temblores en los contornos de las cosas. Y como todas las horas del día son iguales, la consecuencia es que cada cual se las administra como quiere. Unos comienzan su faena a las ocho, y otros a las once. Unos le invitan a comer a la una, y otros le citan a las dos y media para sentarse a las tres. En los salones de té se sirven meriendas lo mismo a las cuatro y cuarto que a las ocho. Y la Administración (¿hora española?, ¿hora francesa? Pues... ora francesa, ora española, y en paz) adelanta o retrasa nuestros relojes en la seguridad de que de todas formas nos da igual.

Pero se nos ocurre preguntar: ¿Por qué no creamos la hora tangerina? ¿No habrá llegado aún nuestra hora? Medítenlo nuestros legisladores.

De todos modos, el mejor reloj será siempre el que tiene por manecillas el sueño y el apetito. Sin excesiva reglamentación intervencionista. Libertad de dormir y de comer en el momento en que apetezca; y diga el reloj lo que quiera.

*

Se dice de Tánger que es la ciudad de los Bancos, de los automóviles, de los negocios, de los turistas; pero aún no se ha dicho que esta ciudad alegre como pocas, es también la de los cementerios. Y, sin embargo, a falta de parques y jardines públicos, los pulmones de Tánger son sus cementerios. Junto a las calles de más tránsito, asoman las piedras blancas y los árboles añosos de las viejas necrópolis. Entre césped y flores silvestres, los que se fueron siguen oyendo el palpitar de la vida. Conocieron quizá un Tánger tan grato y amable que no quisieron dejarlo del todo. Y ahí siguen, desde el sagrado de sus solares, sin comprender, tal vez, el por qué de este mundo trepidante de boci-



Vista aérea del Tánger moderno: espaciosas avenidas, edificios suntuosos. Junto a la ciudad mora, Tánger, ciudad europea.



En el Zoco Grande tangerino, musulmanas, que tapan su rostro con el típico velo árabe, venden una preciada mercancía: claveles, rosas, tulipanes, camelias...



Este es el más típico comercio de Tánger, los cambistas de monedas de todo el mundo.



Casi todos los cambistas son judíos. Ellos le proporcionarán, si la paga, la moneda que Ud. necesite.

nazos y voceríos que los rodea. Quién sabe si más de uno no optaría por vender a dos mil pesetas los dos metros de tierra que ocupa y marcharse más lejos, donde encontrar por menos precio el silencio de la eternidad...

El censo inanimado tangerino nos sale al paso en multitud de calles céntricas. Es la prolongación perdurable de una convivencia que no queremos interrumpir. Es cierto que la muerte nos colecciona por credos, pero sin separarnos mucho a unos de otros. Hamido, Manolo y David, que hoy, se citan en la terraza de un café del Zoco Chico irán a parar definitivamente a distintas calles, pero el que sobrevivirá tendrá ocasión de pasar continuamente junto a la eterna propiedad inmueble de sus amigos a los que dedicará cada día la oración de un saludo mental.

Este respeto a los muertos, cuya última morada tienen por diario paisaje miles de casas en Tánger, es una nota de indudable valor espiritual que debe ponerse de relieve en una ciudad como la nuestra, tildada por los extraños de negociante y materialista. Confesemos que en nuestras urbes europeas en cuanto la zona de su crecimiento alcanza algún viejo patio de nichos y cipreses, desalojamos a nuestros bisabuelos y vendemos el terreno que ocuparon por pies cuadrados...

Aquí, en cambio, el desarrollo urbano es más urbano todavía con los antepasados de la ciudad. Ni los desahucia, ni los separa abriendo a su través nuevas vías de comunicación; los rodea con baldosín y asfalto y se limita a levantar un muro como frontera entre la vida y la muerte. Única frontera que puede atravesarse en estos tiempos sin visados ni excesivos trámites.

Convengamos en que hay ciudades en las que morir se no apetece nada, absolutamente nada. Pero Tánger... Qué original propaganda pudiera hacerse: La ciudad ideal para morir. Sí; sobre todo para quienes más amaron la vida. Porque quedarse aquí es casi un seguro contra el olvido, que es lo que más fastidia a los muertos. Convertirse en una parcela de jardín es mucho mejor que yacer arrinconado entre gente desconocida en cualquier patio tétrico. Y luego los amigos que pasan junto a uno y dicen: «Ahí está fulano». Y cuentan una anécdota que el tiempo habrá hecho más graciosa de lo que fué.

Sí. Vivir en Tánger es un privilegio, pero morir en Tánger tiene también sus ventajas que no debemos de ocultar por más tiempo al mundo mortal cosmopolita para conocimiento de cuantos deseen morir a gusto.

*

Reconozcamos, ante todo, que la comodidad es la madre del progreso. El padre quizá sea el afán de lucro. El hombre, al ser desahuciado del Paraíso, se encontró de pronto en un medio hostil, lleno de incomodidades. Y las fué venciendo una a una. Pero ello inventó el lecho, el vestido, la casa, el fuego, la flecha y la rueda. Andando el tiempo venció el dolor en numerosas enfermedades, acortó distancias, domó a los elementos, descifró el misterio de los astros y de las ondas y descubrió la máxima fuerza en el átomo invisible. Todo ello le costó esfuerzo, pero el resultado ha sido evitarle un despilfarro de energías. Resulta, por tanto, que para lograr una mayor comodidad hay que pasar antes por un incómodo esfuerzo. Y de horizonte en horizonte, el hombre sigue esforzándose, entretanto, en busca de una máxima y perfecta comodidad que nunca encuentra en esta vida. Pero convengamos, de todos modos, que el ideal de la comodidad es perfectamente defendible y que puede tener hasta su mística, como desde luego tiene su filosofía y su altruismo.

El «comodista», no el comodón, que nada tiene que ver con él, es un eterno aspirante a su comodidad y a la de los demás. Ideará sistemas para trabajar menos con mejor resultado y hará partícipe al prójimo de cualquier incomodidad que haya vencido. Apartará la piedra del camino, buscará los atajos, se instalará en los lugares más amenos y economizará siempre que pueda sus gotas de sudor.

Antípoda suyo es el austero perezoso, que tampoco hay que confundir con el que lo es por auténtica virtud. Pero este tipo de austeridad es poco frecuente, y en el fondo de muchos austeros lo que hay es una terrible desgana o incapacidad para el desarrollo de una actividad cualquiera, cuando no un conformismo servil ante cualquier incomodidad moral o material que hayan de sufrir.

Hay quienes creen que se hace al prójimo más virtuosamente austero y a los hombres, en concreto, más varoniles, si los acostumbran a soportar cualquier clase de incomodidades. Y hay que reaccionar contra esa idea peligrada que es el mayor entorpecimiento para el progreso espiritual y material de un pueblo. Construir casas cómodas y sanas, desterrar enfermedades, declarar la guerra a las plagas e insectos, alimentarse, descansar y recrearse cuando sea necesario, arreglar de inmediato el bache y el desconchado, sin permitir nunca que la perezosa conformidad de hoy suponga un mayor esfuerzo mañana, para nosotros o para las generaciones que vienen detrás.

Los americanos, grandes campeones del comodismo, nos han demostrado en la última gran guerra que se puede ser un gran soldado de la manera más cómoda posible. Y aunque es cierto que su riqueza les facilita muchísimo una vida confortable, hay que convenir que, en buena parte, deben esa riqueza a su constante afán de vivir colectivamente cada día mejor. Y el resultado es una raza alegre y trabajadora, moral y físicamente sana.

Porque, además, el «comodismo» tiene un aspecto espiritual de la mayor importancia. Simplificar el trato social, allanar las distancias entre las clases, dar paso hacia la cima a quien por sus méritos lo merece, combatir la incomodidad del odio y de la envidia, dar crédito al valor ajeno para



Día animado de mercado en el Zoco Grande. Allí se da cita una abigarrada multitud de todas las razas y países.

que los demás también nos lo concedan, hacer grata la vida a quienes de nosotros dependen. Todo ello, no sólo es virtud, sino que además es... maravillosamente cómodo. Y concluimos por donde pensábamos haber comenzado: Tánger es una ciudad bastante cómoda. En general, todo aquello que no cause daño al prójimo está admitido. Los comerciantes abren o cierran sus tiendas cuando les conviene, cada uno se rige por las costumbres que más le agradan,

viste como le viene en gana, y se siente en plena libertad mientras no incomode a los demás con sus actos o la exteriorización ofensiva de sus principios. Todo eso es sumamente grato y constituye uno de los encantos de la ciudad.

Por comodidad colectiva también, se ha seguido en esta Zona un sistema de organización constitucional que evita la formación de sectores que dividen y enconan la política